

plantar la cruz en Roma, capital del universo, centro de la catolicidad; él es quien desde allí envía á su discípulo san Marcos á constituir la iglesia de Alejandria, que por esta razon quedó hecha silla patriarcal, en memoria de Pedro que la ha fundado por medio de su enviado. Estas señales inequívocas de honor, estas singulares prerogativas serian inexplicables si no se reconociese el principio de la primacía del pontificado, legítimamente ejercido y unánimemente reconocido, en la persona de Pedro, por los demás Apóstoles. Ninguna ventaja personal atribuía mas particularmente estas distinciones á Pedro que á cualquiera otro apóstol. San Juan ¿no era acaso el *discípulo amado* de Jesús, á quien muriendo le encomendó á su Madre? Y sin embargo no es san Juan quien preside, ni quien lleva la voz, ni quien promulga la decision. San Pablo ¿no era acaso, por lo maravilloso de su conversion, por el brillo de su elocuencia, por la profundidad y sublimidad de la doctrina, mas especialmente designado á la veneracion de los fieles? Y sin embargo él es quien va á buscar á Pedro para darle cuenta de su apostolado. El hecho mismo de la discusion famosa ocurrida entre estos dos apóstoles, ¿no suponía que pertenecía á Pedro el tener que acudir á él en las cuestiones de dogma y de disciplina para tomar una decision? — La sentencia de Jesucristo: *Tú eres piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*, era pues interpretada en el primer siglo como se entiende hoy dia: en esta sentencia se veía asentada la supremacia en el pontificado, y la unidad en la autoridad. El primado de san Pedro existía y se ejercía, aunque bajo la forma mas paternal, tal como lo demandaba el estado de la Iglesia en sus principios.

15. Los obispos se hallan en el segundo rango de la jerarquía. La eleccion de san Matías al apostolado sirvió por mucho tiempo de modelo en toda la Iglesia para la designacion y eleccion de obispos. Cuando los sufragios se hallaban igualmente distribuidos entre sugetos dignos, bajo este título, de tal honor, se recurria á la suerte como por dejar á Dios la decision: los obispos eran tambien elegidos por la asamblea del clero y

de los fieles, consagrados despues por otros obispos. Es muy de notar que todos los obispos de los primeros siglos fueron inscritos en el catálogo de los santos. La herencia de la virtud parecia transmitirse como la de la dignidad episcopal; el ejemplo venia de la silla de Roma, en donde, hasta el año 500, solo se encuentran tres ó cuatro papas que no hayan sido venerados como santos. Así es que el emperador Alejandro Severo, en el segundo siglo proponía el ejemplo de los cristianos para mostrar cuánta rigidez debía emplearse en la eleccion de oficiales públicos. El obispo era elegido en presencia del pueblo por los obispos de la provincia reunidos en la iglesia vacante, á lo menos en número de dos ó tres, porque en aquel tiempo era muy difícil celebrar grandes concilios excepto en los intervalos de las persecuciones, y algunas veces las sillas de las iglesias estaban vacantes largo tiempo. Era juzgada como necesaria la presencia del pueblo á fin de que persuadidos todos de las prendas del elegido le obedeciesen mas gustosos (FLEURY, *Costumbres de los cristianos*). San Pablo habia dado una ley de no elevar á la dignidad episcopal á los neófitos, para no exponer el gobierno de la Iglesia á la dominacion orgullosa de un ambicioso, y el depósito de la tradicion á la ciencia insuficiente de un nuevo cristiano. El obispo era en efecto juez y padre de los cristianos en el primer siglo: terminaba con sus decisiones los pleitos que pudieran tener entre sí: tomaba á su cargo á los pobres, viudas, huérfanos, y presidía á la distribucion de las limosnas que la caridad de los fieles ponía á su disposicion. Se hallan frecuentemente nombradas estas limosnas en las epístolas de san Pablo bajo el nombre de *colectas*. Pertenecía tambien á los obispos la predicacion: el ministerio de la palabra fué durante mucho tiempo privilegio suyo casi exclusivo, y aun en el cuarto siglo vemos á Valero, anciano obispo de Hípona, hacer una excepcion gloriosa concediendo á Agustino, aun simple sacerdote, el honor de encargarse del púlpito. La eleccion de los obispos era pues un acontecimiento de extrema importancia en las diversas iglesias: se preparaban á ella los fieles con el ayuno

y plegarias públicas : se hacia ordinariamente en la noche del sábado al domingo, y en seguida se procedia á la ordenacion, cuya principal ceremonia ha consistido siempre en la imposicion de manos ; inmediatamente seguia el sacrificio. — Se hallan en los antiguos escritores pasajes que pudieran dar á entender que los primeros obispos llevaban en las ceremonias alguna marca exterior de su dignidad. Policrates, obispo de Éfeso al fin del siglo segundo, escribe que san Juan llevaba en la cabeza una lámina de oro. San Epifanio nos dice lo mismo de Santiago, primer obispo de Jerusalem ; y aun algunos hacen la misma observacion en San Marcos, evangelista y primer patriarca de Alejandria. « Por lo demás, el gobierno » de los obispos era de caridad y paz ; los clérigos y sobre » todo los sacerdotes formaban el consejo permanente del » obispo : le asistian, en todas sus funciones públicas, como » á discípulos que siguen á su maestro, porque le estaban » tan obedientes y aficionados como los Apóstoles á Cristo » (FLEURY, *Costumbres de los cristianos*). Los obispos no dejaban jamás de presidir en las oraciones públicas, de explicar la sagrada Escritura y ofrecer el sacrificio todos los domingos y dias de estacion. Se halla, en los cánones de los primeros siglos, la prohibicion á los sacerdotes de ofrecer los sagrados misterios en una iglesia donde se hallare un obispo, á menos que este no pudiera hacerlo, ora por enfermedad, ora por algun otro impedimento, para cumplir tan augusta funcion. La dignidad del obispo estaba acatada por los fieles con las mayores honras, y san Policarpo observa que se disputaban por quién acudiria el primero á descalzarle. Estos testimonios de veneracion, cuyas trazas se hallan desde la mas remota antigüedad, responden bastante á las calumnias del espíritu de partido, que intenta acusar el episcopado de haber usurpado con el tiempo distinciones y honras desconocidas en el siglo apostólico.

16. Despues de los obispos venian los *presbyteri*, *seniores* (presbíteros, sacerdotes), escogidos, cual lo indica su nombre, ó entre los ancianos, ó entre los clérigos mas recomendables por

sus virtudes, santidad de vida y costumbres. El obispo hacia su eleccion á peticion del pueblo por lo general, ó al menos con su participacion, y en todo caso con consejo del clero despues de un exámen detenido. Por lo demás, en aquellos tiempos apostólicos y primeros de la Iglesia habia por lo comun necesidad de obligar á los ordenandos á aceptar una honra que rehusaba obstinadamente su humildad. Los sacerdotes de cada iglesia eran casi siempre escogidos entre los que habian sido bautizados en ella y que habian ejercitado allí las funciones clericales durante algunos años. Despues de su ordenacion se les obligaba á la residencia, á menos que el propio obispo no los concediera á otra provincia eclesiástica. Recibian un honorario especial, y vivian del altar conforme á las elevadas funciones de su ministerio, como lo indica el Apóstol. La Iglesia suministraba de su tesoro cuanto era necesario á la subsistencia de los clérigos, y cada uno recibia, por mes ó por semana, una distribucion en frutos ó dinero. Confiábanse estas distribuciones á un diácono por lo comun, al cual se le llamaba desde el segundo siglo arcediano en los anales de la Iglesia romana. Ya hemos visto que los diáconos habian sido instituidos por los Apóstoles con el objeto de aliviarlos en el reparto de las limosnas de la Iglesia. A mas de esta funcion ejercian otras, como la de distribuir, á defecto de sacerdotes, el sacramento de la Eucaristía á los fieles, y aun de predicar el Evangelio, como vemos por el ejemplo del diácono san Estéban protomártir. — El sacerdocio y el diaconado fueron hasta el duodécimo siglo las solas órdenes *mayores ó sagradas* : esto resulta de un cánón del concilio de Benevento, presidido en 1091 por el papa Urbano II. « Llamamos, dice, » órdenes sagradas al diaconado y al sacerdocio. » Se atribuye á Inocencio III la elevacion del subdiaconado á la clase de orden sagrada. Sea lo que quiera, lo cierto es que segun el concilio de Trento « se hallan desde el principio de la Iglesia el nombre y funciones particulares de las órdenes del subdiácono, » acólito, exorcista, lector y estuario puestas en práctica. » Desde el primer siglo estaba exigido rigurosamente el celi-

bato eclesiástico para las órdenes sagradas, el diaconado y el sacerdocio. San Epifanio y san Jerónimo, que dan testimonio de la tradición, no dejan la menor duda acerca de esto. Afirman que el uso de los tres grandes patriarcados de Roma, Antioquía y Alejandría era el no ordenar sino clérigos vírgenes ó continentales; y que si antes de la ordenación habían estado casados, cesaban desde entonces de vivir con sus esposas. Desde el primer siglo encontramos ya el germen de las órdenes religiosas destinadas á ser un día como el alma de la Iglesia: habia desde entonces, en efecto, cristianos llamados á mayor perfección y que practicaban voluntariamente todos los ejercicios de la penitencia para entregarse mas y mas á la piedad, « castigando su cuerpo, dice san Pablo, y reduciéndolo á la » esclavitud. » Se les llamaba ascetas, esto es, ejercitantes: vivian en el retiro, guardaban continencia, y añadían á la ordinaria frugalidad de los cristianos abstinencias y ayunos extraordinarios. Practicaban la *xerofagia* no comiendo sino alimentos secos, y la *chameunia* acostándose en tierra, y partiendo su tiempo entre la oración, el estudio de la sagrada Escritura y el trabajo de manos. « Los hemos visto, dice san Pablo, á estos hombres de quienes no era digno el mundo, » errantes por los montes, vestidos de pieles, viviendo en las » rocas y mas espantosas soledades. » Desde el primer siglo hallamos también la virginidad, esta gloria de la Iglesia, practicada á la faz misma de los desórdenes ó inmoralidad del mundo pagano. Si en la transformación que obró el Evangelio en medio de la sociedad pagana, no fuese todo igualmente admirable, se podría mirar como un milagro extraordinario el ver sobresalir generaciones de piadosas jóvenes, que ofrecían á Dios el sacrificio de todos los gozos del mundo por sepultar su vida en el retiro, ayuno, vigiliass y mortificaciones. Semejante ejemplo no habia tenido antecedente ni en el judaismo, en el cual la virginidad era mirada como oprobio, ni en el paganismo, en donde hasta las mas infames pasiones tenían sus dioses, sus altares y sus sacerdotes. Las vírgenes cristianas del primer siglo llevaban vida ascética en el seno

de sus familias, renunciando á los adornos, lujo y diversiones del siglo aun las mas inocentes. El silencio, el retiro, la pobreza, el trabajo, la abstinencia y las continuas oraciones eran su centro y su vida: y la naciente Iglesia quedaba sumamente edificada del espectáculo de sus virtudes, méritos, oraciones y buenas obras. — Otra institución que solo debia de durar en los primeros siglos, la de las *diaconisas*, tomó su origen en el tiempo mismo de los Apóstoles. Se escogían para este honor las viudas mas edificantes y prudentes: fijóse desde luego la edad de sesenta años, reduciéndose despues á los cuarenta. Las diaconisas ejercían para con las mujeres gran parte de las funciones de los diáconos: la Iglesia les encargaba visitar á todas las personas de su sexo á quienes hacia dignas de la solicitud de la Iglesia su pobreza, enfermedad ú otra necesidad espiritual. Instruían á las catecúmenas bajo la dirección de los sacerdotes, las presentaban al bautismo, y dirigían las neófitas para ir las formando á la vida cristiana. En las asambleas, guardaban las puertas del lado de las mujeres, y cuidaban de que cada cual estuviese en su lugar, observase modestia y silencio. Las diaconisas daban cuenta de sus funciones al obispo, y, por orden suya, á los sacerdotes y diáconos. Poco á poco fué decayendo esta institución. — Tal es la forma bajo la cual se presentan la jerarquía católica y el gobierno de la Iglesia durante el siglo primero.

§ III. DISCIPLINA.

17. La regeneración del hombre moral, traída al mundo por el advenimiento del Redentor, tenia que manifestarse en el seno del cristianismo por medio de una vida nueva y de costumbres desconocidas á la corrupción de la sociedad antigua. El cuadro de la cristiandad naciente forma pues un espectáculo sorprendente entre las virtudes inspiradas por las doctrinas del Evangelio y los vicios del mundo gentil. La primera iglesia judía se componía de tres mil convertidos; estos escuchaban á los Apóstoles que les instruían, oraban en co-

mun, y en casas particulares celebraban la fraccion del pan. Ponian sus bienes en comunidad y vendian sus herencias para distribuir su precio entre sus hermanos. Su vida, conforme á los consejos de la perfeccion evangélica, ha sido descrita por los apologistas de los primeros siglos. « Entre nosotros, decia » Atenágoras, hallaréis ignorantes, pobres, artesanos, ancianas mujeres que quizá no podrian probar con razonamientos » la verdad de nuestra doctrina; porque en lugar de hacer » discursos, hacen buenas obras. Amando á nuestros prójimos » como á nosotros mismos, hemos aprendido á no pegar á los » que nos lastiman, á no mover pleitos á los que nos despojan: si se nos da una bofetada en un carrillo, ofrecemos » el otro; si nos quitan la túnica, les ofrecemos aun el manto. » Conforme la diferencia de los años, nos miramos unos á » otros como hermanos y hermanas, hijos, padres: honramos » como á nuestros propios padres y madres á las personas » ancianas: y la esperanza de la vida futura nos hace despreciar la presente y aun los placeres del espíritu. Entre nosotros el matrimonio es una vocacion santa que da la gracia » necesaria para educar los hijos en el temor del Señor. Hemos » renunciado á vuestros sangrientos espectáculos, persuadidos » de que hay poca distancia entre ver cometer un homicidio ó » muerte bárbara, y cometerlos en realidad. Los paganos exponen á sus tiernos infantes para descargarse de ellos, nosotros miramos este crimen como un homicidio. » — « Se nos acusa de ser facciosos: la faccion de los cristianos es estar » unidos en la misma religion (TERTULIANO, *Apologét.*), en la » misma moral, en una misma esperanza. Nos conjuramos..... » para orar á Dios en comun y leer las divinas Escrituras. Si » alguno ha pecado, se le priva de la comunión, oraciones » públicas y asambleas hasta que haga penitencia. Nuestras » asambleas están presididas por ancianos cuya sabiduría les » ha merecido esta honra. Cada uno trae, segun su libre y espontánea voluntad, algun dinero cada mes: y este tesoro » sirve para alimentar y enterrar á los pobres, á sostener los » huérfanos, naufragados, desterrados, condenados á las minas

» ó la cárcel por la causa de Dios. Todo es comun entre nosotros, excepto las mujeres; y nuestra comida en comun se » explica por su nombre de *ágape*, que significa *caridad*. » Y en verdad, ha sido menester que el mundo pagano haya sido poseido de la mas extraña ceguedad para no quedar sorprendido de admiracion en vista de tan nobles sentimientos, de acciones tan generosas en medio del embrutecimiento general del mundo, y de la bajeza de caracteres. Por lo demás, se puede concebir un pretexto para el desden que el paganismo afectó desde luego respecto de la religion de Jesucristo, por causa de la clase de personas entre las cuales parecia reclutarse con preferencia el cristianismo. Segun los paganos los cristianos no eran sino unos sectarios groseros, ignorantes, fanáticos, que no querian ni dar razon ni discutir acerca de su culto, pues que acostumbraban decir: « No andeis preguntándonos: la sabiduría de este mundo es un mal, y la locura » (segun el mundo) es un bien » (*Orígenes, Contra Celso*, lib. 1.) En el primer siglo los paganos confundian la religion de Jesucristo con el judaismo, y los menospreciaban igualmente. Sin embargo la rápida propagacion del Evangelio llamó la atencion general sobre una doctrina que dominaba á las inteligencias mas elevadas y que se acomodaba á las mas humildes, y sobre todo que iba invadiendo sin cesar todas las comarcas del universo. La ruina de Jerusalem, separando de un modo tan marcado el judaismo y el cristianismo, no permitia ya confundirlos. El mundo pagano, al ver sus templos desiertos, menospreciados sus dioses, caer en desuso sus sacrificios, y combatidas á las claras sus supersticiones y fábulas, trató de resucitar por la espada sus espirantes instituciones y de sofocar en su origen con sangrientos suplicios á los menospreciadores de sus ídolos. El odio popular, hábilmente explotado por los emperadores, magistrados y flámines, sirvió esos proyectos de venganza; y la historia presentará este inaudito espectáculo de tres siglos de matanza, asesinatos á sangre fria, de tormentos jurídicos, ejecutados públicamente contra millares de víctimas de toda edad, clase, rango y sexo, en todos